

fundido diciéndonos: *En mí está toda la gracia para hallar el camino de la verdad; en mí, toda la esperanza de la virtud y de la vida eterna.* Subamos á la vida por la gracia; á ésta, por la mano de María: Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA
DE LAS NIEVES

(Bogotá, 1897).

Gloria particular de María en esta advocación.

Implebo domum istam gloria, dicit Dominus.
Agg. 2, 8.

1. Satisfechos han de sentirse el día de hoy los piadosos vecinos del Barrio de Las Nieves, celebrando por la tercentésima vez la festividad de su augusta Patrona, María Santísima, con no menor pompa y aparato que en los años anteriores. Mas no creo, amados oyentes, que el motivo de tan justo regocijo haya de ser únicamente la posesión de gloriosos recuerdos y honrosas tradiciones locales vinculadas al título con que se honra esta antiquísima parroquia; pues, por muchas y nobles que ellas sean, más noble y gloriosa es en sí misma la advocación de Nuestra Señora de las Nieves. En efecto, fuera de su antigüedad, que se remonta á los primeros siglos de la Iglesia, y para no hacer mérito de la dignidad de la basílica llamada de Santa María la Mayor, en Roma, la cual no es otra que la de Santa María de las Nieves, basta para demostrar la excelencia de esta advocación el maravilloso hecho histórico de donde arranca su dichoso origen. Todos

vosotros lo habréis oído referir aquí mil veces, y así me excusaréis de narrarlo por extenso; permitidme, sin embargo, hacer algunas observaciones que sirvan de introducción á mi discurso.

2. En la narración de que se trata, vemos un milagro, una revelación y una doctrina: milagro de primer orden é incontestable, como fué la caída de la nieve en el estío y en un reducido sitio del monte Esquilino en la ciudad de las siete colinas; revelación hecha por la Virgen Santísima á tres personajes simultáneamente, uno de ellos, el Santo Pontífice Liberio; doctrina, en fin, de la mayor importancia en el orden religioso y moral, enseñada en esa ocasión por María, y acogida y practicada por la Iglesia. No es el esplendor de aquel milagro, amados oyentes, lo que llama principalmente mi atención, ni tampoco la revelación en sí misma; porque ¡cuántos milagros no registra la historia eclesiástica! ¡cuántas veces no se hizo visible María á sus devotos y les acudió personalmente, revelándoles las divinas disposiciones! No veo en esto la gloria particular que corresponde á la advocación que hoy celebramos; véola, y es lo que más me cautiva é interesa, en la enseñanza que se desprende de los labios de la piadosísima Señora, cuando declara en términos formales á sus queridos siervos, el patricio romano Juan y su consorte, ser su voluntad que se erija al Señor, y en honor de ella, un templo en el lugar designado y trazado por manos de los ángeles. He aquí una circunstancia verdaderamente digna de atención. Me diréis que no fué ésa la única vez que María manifestó por modo milagroso que quería se le dedicasen templos y altares; pero no me negaréis que esa declaración fué la primera de que haya memoria, y también la más

auténtica, como hecha al mismo Pontífice Romano, oráculo infalible de la verdad, y por él recibida, acatada y reducida á la práctica. Apenas entendida la voluntad de la gran Madre de Dios, acude Liberio con todo el clero y el pueblo católico en devota procesión á tomar posesión del campo señalado con la nieve milagrosa; y la basílica llamada liberiana, ó de las Nieves, no tarda en levantarse airosa á expensas de los felices conyuges.

3. He aquí, pues, amados fieles, la gloria peculiar y propia de esta venerable advocación. Fué Nuestra Señora de las Nieves quien manifestó al mundo la necesidad de erigir templos á la Divinidad; fué María á quien Dios dispuso que se honrase en sus templos, queriendo se le dedicasen en su nombre; fué finalmente con el título de Santa María de las Nieves, con el que la Iglesia empezó á dilatar el culto de la Santísima Virgen para gloria de Dios y salvación del género humano. Tal es el asunto de mi oración panegírica, para cuyo desarrollo me apresuro á implorar el celestial auxilio por mediación de la misma soberana Virgen, á quien saludaremos diciendo: *Ave María*.

I.

4. No era preciso ciertamente para que la Iglesia levantase templos al Dios vivo, una vez en libertad de hacerlo, que la Santísima Virgen bajara del cielo á enseñarle esta doctrina. La Iglesia la había recibido de la palabra de Dios, contenida en ambos Testamentos, y había procedido también á practicarla, erigiendo soberbias basílicas al Salvador en la capital del mundo, cedida ya de hecho por los emperadores cristianos. Eso no obstante ¿cuánto no debió crecer el celo de

todos los fieles para la construcción de nuevos templos, una vez conocida milagrosa y auténticamente la voluntad de la Madre de Dios, ó de Dios mismo, acerca de este punto? Que tal fuese la voluntad de María no puede dudarse, habiendo dicho ella en sueño misterioso á sus devotos y al Pontífice que edificasen una iglesia en el sitio que hallarían cubierto con la nieve, pues de esta manera quería que la instituyesen heredera. No ignoráis que éste era el ardiente deseo de aquellos virtuosos y acaudalados consortes, los cuales, careciendo de hijos á quienes legar su rica herencia, suplicaban fervorosamente á la Virgen Santísima se dignase aceptar la donación que ellos le hacían de toda su fortuna, y les declarase la obra piadosa más agradable á sus ojos, en que debían erogarla. Á esta súplica y oferta generosa corresponde María con esa manifestación de su querer que nos ha transmitido la tradición y la historia. Luego podemos deducir sin recelo de equivocarnos que, entre todas las obras de piedad y de misericordia que pudieran haber ejecutado aquellos devotos de María, ninguna le fué más agradable á la Señora que la construcción de un templo santuosísimo en su honor.

5. Ni debe admirarnos esta voluntad de la Reina del cielo. ¿Por ventura no es cosa gloriosísima para Dios que se le dediquen templos? ¿Hay acaso empresa más útil y benéfica para el hombre mismo que la construcción de estos palacios donde Dios se digna fijar su habitación?¹ Por otra parte, ¿no es singular beneficio del Señor y prueba de amor entrañable á los hijos de los hombres², que les conceda y otorgue el

¹ 3 Reg. 9, 3.² Prov. 8, 31.

poder de fabricarle templos? ¿no es señaladísima merced de su bondad paternal el escoger á un hombre, por grande y santo que sea, para instrumento, autor ó promotor de esta obra? ¡Cuán bien lo comprendía el más sabio de los reyes, el sapientísimo Salomón! Escogido por Dios para una empresa de la cual no había sido hallado digno el santo pero belicoso David, á quien Dios dijo: «No serás tú quien me edifique templo: *tu hijo edificará una casa á la gloria de mi nombre*»¹; el gran monarca allegó cuanto pudo haber de más precioso para levantar el más espléndido y maravilloso monumento que hayan erigido las manos de los hombres á la Divinidad; y todavía, juzgándolo, como era verdad, muy inferior á su objeto, exclamaba: «¿Cómo, Señor; *los cielos de los cielos no pueden contenerte, y has de residir en esta pequeña morada que yo te he edificado?*»² Y con razón se tenía por el más afortunado de los hombres. ¡Dichoso mil veces el que puede contribuir con su óbolo á la construcción de las casas del Señor! ¡Dichosos nosotros, cristianos, á quienes Dios, en su bondad, más grande para nosotros que para ningún otro pueblo³, ha dispensado el honor y la merced de poder edificar, no uno solo, como antiguamente, sino millares de templos, multiplicando así los centros de su misericordia y enriqueciendo con su presencia real, en la sagrada Eucaristía, hasta los más insignificantes oratorios de la tierra. Y cuenta que nuestras iglesias del culto católico, por el solo hecho de poseer á Dios como Verbo Encarnado y sacramentado, son más ricos, por modestos que sean, que el antiguo templo monumental de Salomón. No nos admiraremos ya de que María,

¹ 2 Reg. 7, 13.² 3 Reg. 8, 27.³ Deut. 4, 7.

para galardonar la devoción del noble Juan y de su esposa, los haya escogido para esta honrosísima misión de fabricar un templo suntuoso en la capital del orbe cristiano. No podían quedar mejor recompensados que siendo los autores de obra tan santa y meritoria.

6. Y aparte de esto, ¿no parece, hermanos míos, haber querido la Madre de Dios instruir á sus devotos de todos los siglos y naciones sobre la naturaleza y el carácter de la verdadera devoción? ¿no parece haber sido su intento el insinuarnos que su culto no debe terminarse en ella, sino que debe pasar más adelante y llegar hasta el soberano Criador? Importante lección es esta y digna de ser bien comprendida y practicada por cuantos se glorían de ser devotos de la Santísima Virgen. La verdad es que todo debe referirse á Dios, como á fin último de todas las criaturas, máxime del ser racional; con mayor razón, pues, aquellas obras que directamente pertenecen al orden religioso. No hacerlo así sería monstruosa aberración. Luego el culto de los santos, luego el culto y la devoción á María Santísima, aunque tengan por objeto próximo á esta criatura perfectísima y á aquellas otras, si menos perfectas, dignas también de nuestra veneración, deben enderezarse, como á fin último y supremo, al autor y santificador de María y de todos los santos. Así lo exigen la razón católica y la fe divina, y es así como lo entiende y enseña la verdadera religión de Cristo. Esto mismo parece enseñarnos prácticamente la sagrada Virgen en su dulce y milagrosa advocación de las Nieves. *Venid, hijos míos, nos dice, escuchad mis lecciones, que yo os enseñaré el temor del Señor*¹. Si queréis complacerme,

¹ Ps. 33, 12.

glorificad á mi Dios, como yo le glorifiqué cuando dije: *Magnificat anima mea Dominum*¹; no contentos con alabarle en particular, haced que le alaben y bendigan todos los hombres: levantad templos á su santo nombre, donde se le tribute por largos siglos culto público y solemne: *Superexaltate eum in sæcula*².

7. Así lo entendió sin duda aquel cristiano viejo de los primeros tiempos de la colonia, el piadoso conquistador Cristóbal Bernal, de grata memoria, imperecedera en este barrio y en todo Bogotá, cuando, para honrar á María Santísima, edificó á su costa en este mismo sitio la ermita de Nuestra Señora de las Nieves, la cual, destruída por voraz incendio, fué transformada en el espacioso templo que hoy poseemos, por los años de 1564. Ni menos entendido y piadoso el Capitán Don *José Talés*, erigida ya en parroquia esta iglesia, empleó sus cuantiosos haberes en dotarla de preciosas alhajas para el culto divino³. Esto pasaba, oyentes míos, hace tres siglos. Estos ejemplos os legaron vuestros esclarecidos mayores; y, á Dios gracias, la piedad generosa de este barrio no se ha desmentido ni amenguado jamás. Díganlo las obras emprendidas en época reciente para la refección y embellecimiento de este templo; dígalo la hermosa capilla del Santísimo Sacramento, últimamente renovada del todo y enriquecida con la preciosa colección de imágenes de los santos apóstoles, de exquisito gusto artístico; díganlo, en fin, las nuevas alhajas que acaban de adquirirse, entre las cuales figura por su importancia para el culto el magní-

¹ Luc. I, 46.

² Dan. 3, 57.

³ Hist. de Nueva Granada por D. *Manuel José Groot* t. I.

fico órgano, debido á la generosidad de los vecinos de la parroquia de las Nieves.

II.

8. Pasemos á discurrir, amadísimos oyentes, sobre la segunda y no menos importante circunstancia que concurre á la gloria de María en su advocación de las Nieves. Porque, como dejo observado, si la Santísima Virgen manifestó milagrosamente su voluntad de que se labrase un magnífico templo al Dios vivo, no menos claramente mostró Dios ser de su agrado que ese templo llevase el título de la Virgen María. Y, lo que más debe llamar nuestra atención, es haber sido esta basílica la primera que se dedicó á la Madre de Dios, á lo menos en Roma, centro del orbe cristiano y *madre y maestra de todas las iglesias*¹. ¿Era acaso necesaria esta manifestación de la divina voluntad respecto del culto, ó siquiera del culto público de la Santísima Virgen? ¿No habría podido la Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo en sus enseñanzas y en sus prácticas, erigir suntuosos altares, estatuas y aun templos al nombre de la excelsa Reina, escogida *ab æterno* para templo animado de la Divinidad?² Sin duda alguna, cristianos; porque, no importando estos actos de religión aquel homenaje supremo debido solamente á la infinita Majestad de Dios, aquel culto perfectísimo que se llama de adoración ó latría, en nada derogaban al honor de Jesucristo ni á la gloria del Criador. ¿Qué digo? muy lejos de causar el menor detrimento á esta gloria, el culto de María, cuanto más espléndido, más

¹ Bulla dogmat. Pii IX «*Ineffabilis Deus*».

² Eccl. in precibus quotid.

eficazmente contribuye á glorificar al Padre celestial, cuyo poder y bondad resplandecen en aquella excelentísima criatura, la hija primogénita y obra maestra de sus manos. Por lo que hace á Jesucristo, Hijo de Dios é Hijo también de María en propio y verdadero sentido, según la constante enseñanza de la Iglesia¹, su gloria crece y se ensancha en el cielo y en la tierra á medida que se dilata y engrandece el culto y el honor tributado á su Madre. No era, pues, necesario que Dios manifestara por maravillosa manera su designio acerca de este punto, puesto caso que bastaba para conocerlo el dogma cristiano y el espíritu genial del cristianismo. Eso no obstante, es un hecho comprobado, como aparece en la historia de la presente festividad, que á Dios le plugo hacer esta manifestación, seguramente, si nos es lícito barruntar los divinos arcanos, para afianzar la fe de los verdaderos fieles y confundir la perfidia de los herejes de todos los tiempos.

9. Corría, en efecto, como recordaréis, el siglo IV de la Iglesia, siglo funesto por los estragos del pérfido arrianismo. Veíase aquélla amenazada de un modo terrible por la nueva herejía, más asoladora que todas cuantas le habían precedido; y necesitaba implorar del modo más solemne el auxilio de lo alto por la siempre eficaz mediación de la Virgen quebrantadora de la antigua serpiente. He aquí, á lo que podemos vislumbrar, los motivos de esta providencial disposición del cielo que hemos venido observando en el hecho milagroso que hoy conmemoramos.

¹ Naturaliter ... unus idemque communis Dei Patris et Virginis filius (Bulla «Ineffabilis Deus»).

10. Nuestra Señora de las Nieves representa, según esto, oyentes míos, la gloria que el Altísimo ha querido hacer brillar sobre el nombre de la Virgen Madre, admitiéndola, por decirlo así, á la participación de su culto en la Iglesia, y como sentándola á su diestra¹. ¿Por qué ha querido Dios glorificar de manera tan espléndida á su Madre? Las razones no pueden ser más obvias, y podríamos compendiarlas en las siguientes reflexiones. El Hijo divino siente una como necesidad de honrar á su Madre, dado caso que quiso tenerla y, como á tal, la honró, amó y obedeció desde la cuna hasta el sepulcro. Por lo mismo se complace en verla honrada con culto espléndido por todos los hombres, como se goza con las alabanzas que á ella le tributan los ángeles y bienaventurados. Finalmente, habiéndola constituido medianera y dispensadora de todas sus gracias, no ha podido menos de querer que el culto de veneración é invocación á su madre quedase establecido sobre sólidas bases en su Iglesia, de suerte que se perpetuase hasta la consumación de los siglos. Esa duración y esa firmeza del culto de María es la que simbolizan las magníficas bóvedas y firmísimos muros de sus templos, lugares deliciosos donde resuenan eternamente los himnos del amor cristiano, moradas de paz y de consuelo, centros de piedad, asilos de justos atribulados y de pobres pecadores. *Yo he elegido y santificado este lugar*, dice el mismo Dios, *para que en él esté grabado mi nombre y aquí permanezcan fijos mis ojos y mi corazón para siempre*². ¿No pudiéramos demostrarlo, oyentes míos, con la experiencia felicísima de lo que ha pasado durante tres siglos y está pa-

¹ Ps. 44, 11.

² 2 Par. 7, 16.

sando hoy mismo en este templo venerable? ¿No es aquí donde tantos y tan espléndidos cultos se tributan á la Majestad divina en las mismas festividades que se celebran en honra de María? Gloriése en el Señor esta parroquia, según el consejo del Apóstol¹; y gloriése de ser una de las más distinguidas entre las de esta piadosa capital por la frecuencia y solemne pompa de sus actos religiosos, por cuyo medio aparece tanta gloria á Dios y tanta copia de gracias á las almas. ¡Oh! ¡plegue al Señor que este noble anhelo se aumente cada día en los corazones de todos los feligreses de la parroquia de Las Nieves, especialmente obligados por su misma antigüedad y la predilección que les mostró siempre María Santísima!

III.

11. Ni es menor la gloria de la ilustre advocación que celebramos por haber sido la primera con que se dedicaron templos á María, y, por ende, la que dió principio al universal movimiento despertado en favor de su culto. Á este resultado debió de contribuir en gran manera la celebridad de que gozó en Roma y fuera de ella la suntuosa basílica de Nuestra Señora de las Nieves, distinguida más adelante de todas las demás con que se ennoblece la ciudad de los Papas, con el renombre de Santa María *la Mayor*, ó sea la más grande y más insigne de cuantas sostiene aquel sagrado suelo. Admira ciertamente el inmenso desarrollo que tomó la devoción á la Virgen en la capital del cristianismo, luego en toda Europa y en el mundo entero; y no es aventurado atribuir, á lo menos en

¹ I Cor. I, 31.

gran parte, este fenómeno á la dedicación del templo de Nuestra Señora de las Nieves. En efecto, ¿cuánto no debió de excitar este suceso la piedad de muchos fieles, tan devotos de la Virgen y tan opulentos como el patricio Juan, para llevar á cabo nuevas fábricas y lujosos monumentos del culto público en innumerables ciudades? La historia lo atestigua refiriéndonos una multitud de fundaciones de iglesias del mismo carácter que la primera basílica liberiana, esto es, hechas á impulso de la devoción, con caudales de personas particulares. Valga por todas la de Nuestra Señora de la Estrada, debida á la piadosa liberalidad de la familia Astalli, la cual, andando el tiempo, vino á cederla á la naciente Compañía de Jesús. Así fué que Roma se cubrió de templos, muchos de ellos magníficos, dedicados á María en sus diversos títulos, no quedando familia ú orden religiosa que no se pusiese bajo el amparo de la Santísima Virgen, para morar á la sombra de alguno de sus templos. La sagrada religión de la Cartuja tiene por titular de su iglesia á Nuestra Señora de los Ángeles; la de franciscanos, á Nuestra Señora de Ara cœli; la de Padres dominicos, á Nuestra Señora de la Minerva; la de San Agustín, á Nuestra Señora de la Paz; y, por abreviar, no hay advocación que no tenga allí su templo para consuelo y edificación de los fieles.

12. Imposible sería hacer aquí reseña de los más célebres y monumentales templos consagrados al culto de la soberana Reina en el mundo cristiano, á imitación del primero que se le dedicó en Roma, delicioso asunto para más extensos y eruditos discursos. Por lo que hace á esta tierra clásica por su catolicismo en nuestra América, así la moderna Colombia como el antiguo

Virreinato de la Nueva Granada, se enorgullecen justamente, más que del oro de sus minas, del tesoro de sus numerosos templos y santuarios donde se venera á la Sacratísima Virgen María. ¿Cómo no enorgullecerse con la insigne basílica de Nuestra Señora de Chiquinquirá, emplazada en el centro de la República para servir de casa de refugio á todos los afligidos colombianos que allí van á buscarlo diariamente en todas sus necesidades? Con verdad pueden aplicarse á Colombia, no menos dichosa que la nación mejicana, aquellas palabras del Salmista: *Non fecit taliter omni nationi*¹. Paso en silencio los conocidos y venerados santuarios de Nuestra Señora de las Lajas, en la provincia de Pasto, de la Pobreza, en Cartago, de la Popa, en Cartagena, y tantos otros, para no detenerme más que en esta ciudad de Bogotá en donde, fuera de las milagrosas imágenes de Nuestra Señora del Topo, de la Peña, del Campo, de las Augustias y otras muchas, es incomparable la devoción de los fieles á las dulces advocaciones del Socorro, de la Merced, del Consuelo, de la Salud, del Carmen. Después de todo, ¿no fué á Nuestra Señora de las Nieves á quien, antes que á otra alguna, se le erigió templo en Bogotá? Y ¿será justo que echemos en olvido esta gloria singular?

13. ¡Oh! no lo permita Dios, amados fieles, y menos que descuidéis vosotros, feligreses de este barrio, el culto y la devoción á vuestra gloriosísima Patrona. Seguro estoy de que guardáis entre las bellas tradiciones de vuestros antepasados la memoria de no pocos ni vulgares beneficios impetrados por la invocación de Nuestra Señora de las Nieves, sin hacer cuenta de los

¹ Ps. 147, 20

mil y mil favores particulares que habéis alcanzado vosotros mismos al pie de su santo altar. No han de ser menos afortunados los tiempos presentes que los que ya pasaron. Ni habrán de ser menos favorecidos los que vengan á sucederos en el culto de María, como sepáis infundirles vuestros sentimientos de acendrada fe, piedad y religión. ¡Que no miren ellos con desprecio lo que miráis vosotros con respeto! ¡que aprendan de vosotros á honrar á María Santísima, la amorosísima Señora que presidió á la formación de este barrio, que vió postrados ante su santa imagen tantas y tan respetables generaciones, que hoy mismo, desde ese augusto trono donde descuella con el divino niño al brazo, bendice vuestras casas y familias, sonríe á vuestros progresos materiales y morales, y os desea, en fin, como madre benignísima, prosperidad temporal y bienaventuranza eterna. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO

(predicado el día de la Asunción de María, en Bogotá, 1887).

Poder y bondad de María glorificada en el cielo.

In omni gente et in omni populo primatum
habui. Eccli. 24, 9.

1. Extraño parecerá á primera vista, amados hermanos en Jesucristo, que se ocupe la piedad cristiana en festejar solemnemente á la Virgen Santísima bajo